

ROMANCE DE LA PÉRDIDA DE ALHAMA

Paseábase el rey moro — por la ciudad de Granada desde la
puerta de Elvira — hasta la de Vivarrambla.

— ¡Ay de mi Alhama!

Cartas le fueron venidas — que Alhama era ganada. Las
cartas echó en el fuego — y al mensajero matara,

— ¡Ay de mi Alhama!

Descabalga de una mula, — y en un caballo cabalga; por el
Zacatín arriba — subido se había al Alhambra.

— ¡Ay de mi Alhama!

Como en el Alhambra estuvo, — al mismo punto mandaba
que se toquen sus trompetas, — sus añafles de plata.

— ¡Ay de mi Alhama!

Y que las cajas de guerra — apriesa toquen el arma, porque
lo oigan sus moros, — los de la vega y Granada.

— ¡Ay de mi Alhama!

Los moros que el son oyeron — que al sangriento Marte
llama, uno a uno y dos a dos — juntado se ha gran batalla.

— ¡Ay de mi Alhama!

Allí habló un moro viejo, — de esta manera hablara: —
¿Para qué nos llamas, rey, — para qué es esta llamada?

— ¡Ay de mi Alhama!

— Habéis de saber, amigos, — una nueva desdichada: que
cristianos de braveza — ya nos han ganado Alhama.

— ¡Ay de mi Alhama!

Allí habló un alfaquí — de barba crecida y cana:
— Bien se te emplea, buen rey, — buen rey, bien se te
empleara.

— ¡Ay de mi Alhama!

Mataste los Bencerrajes, — que eran la flor de Granada,
cogiste los tornadizos — de Córdoba la nombrada.

— ¡Ay de mi Alhama!

Por eso mereces, rey, — una pena muy doblada:
que te pierdas tú y el reino, — y aquí se pierda Granada.

— ¡Ay de mi Alhama!

Anónimo